

se dejan conocer los ambiciosos. De ahí esa ortodoxia de encargo, ese celo fingido, esa fe ó ese respeto que se aparenta: ¡podredumbre que engendra la podredumbre! ¿Quién es el verdadero culpable? Hemos pronunciado una dura expresion al decir que la hipocresia había nacido católica; habríamos debido decir ortodoxa; pues hé aquí al filósofo de Königsberg que nos enseña que las religiones reveladas son una escuela de hipocresia; no es un declamador quien lanza esta acusacion terrible; lo que Kant dice lo prueba.

¿No consiste la esencia de las revelaciones en creer hechos milagrosos, y despues, fundados en la autoridad de estos hechos, en profesar creencias igualmente milagrosas? Pues bien, dice Kant, que los creyentes, con la mano sobre la conciencia y en presencia del Juez Eterno, afirmen que tienen la absoluta certeza de que los dogmas de su confesion son la verdad. ¿Cómo se han de atrever á hacerlo, cuando á su lado se encuentran otros creyentes, hombres como ellos, que proclaman que esas pretendidas verdades son errores y que la verdad está en su Iglesia? ¿Habría, pues, tantas verdades absolutas como sectas! ¿No es esta la ocasion de repetir, con Lessing, que todas las religiones positivas son falsas y que todas son verdaderas, es decir, que para el hombre, débil é imperfecta criatura, la verdad absoluta es una quimera? Kant dice que formaría mal concepto del que afirmase encontrarse dispuesto á incurrir en la condenacion, si la fe que profesa fuese falsa; y, sin embargo, el creyente que pretende que su fe sola salva debe llegar á esa afirmacion. Si hubiese de esos creyentes, continúa Kant, recordaría á sus vecinos el proverbio persa que dice: "Si el que habita contigo hace una peregrinacion á la Meca, debes abandonar tu casa; si hace una segunda peregrinacion, por poco prudente que seas, debes cambiar de barrio; y si emprende la tercera, entónces no te queda más medio que expatriarte."

También tienen los cristianos su proverbio respecto de los santos personajes que desempeñan la funcion de columnas de la Iglesia, y es la protesta de la conciencia pública contra una santidad que no es más que hipocresia. El mal data de antiguo; en el siglo XVIII parecía ya que la sinceridad había desertado de este mundo, y Kant, tan impasible, tan poco dado á la efusion, exclama: "¡Oh divina verdad, sin la cual no hay ni conciencia ni

moral, nos has abandonado para volver á los cielos! ¿Cómo decidirte á venir de nuevo á la tierra?," No se muestra Kant demasiado exigente; no pide que los hombres digan toda la verdad; no reclama, por consiguiente, que digan todo lo que piensan, pero quiere que á lo ménos piensen lo que dicen; y aún casi desespera de obtener esto poco. ¡Tan profundas raíces había echado la hipocresia en las almas! ¿Á quién hay que imputarlo? Kant no vacila en responder que la educacion religiosa es una escuela de hipocresia. ¿No enseña á los fieles á recitar fórmulas de las cuales no comprenden ni una palabra? ¿No es eso enseñarles á que se contenten con un vano sonido de palabras, cuando se trata de la cuestion más importante de la vida, de su salvacion? ¿Es acto de sinceridad afirmar como verdad lo que no se entiende? Pues en eso, sin embargo, es en lo que se pasa la vida del creyente. ¿Cómo extrañar que se haya elevado la hipocresia á la altura de una doctrina? Kant la encontró en pleno vigor. Los fieles no podían ya creer todo lo que se contenía en sus profesiones de fe. ¿Qué hacer? ¿Rechazar abiertamente una creencia en que ya no se comulga? Esa es la respuesta de la conciencia; ¡pero tiene tantos inconvenientes, acarrea tantos disgustos! Eso nos enemistaría con una sociedad que permanece cristiana en la apariencia; y si luégo fueran verdad esos artículos de fe, ¿no se comprometería al negarlos la vida eterna? ¿No es más prudente, más seguro creer, ó decir á lo ménos que se cree, cuando la fe no consiste, despues de todo, sino en palabras? Esto se decía, esto se practicaba en los tiempos de Kant (1). ¿Qué pensaría el filósofo de Königsberg si viviera en nuestros dias, si fuera testigo de la hipocresia que abunda en todas las relaciones sociales? ¡Hemos llegado á un punto en que pensar lo que se dice y sobre todo obrar como se piensa, decir lo que se piensa, pasa por acto de locura!

II.

Si la fe revelada, tal como la entiende la ortodoxia, ciega la inteligencia y vicia el sentido moral, ¿no será una razon perentoria para rechazarla? No vacilaban en afirmarlo así los libres pensadores, y lo proclamaban bien alto, haciendo una guer-

(1) KANT, *die Religion innerhalb der Grenzen der blossen Vernunft* (Werke, t. VI, p. 374, 375).

ra á muerte al cristianismo tradicional. No era Kant de su opinion, y hasta censuraba sus ataques, cosa que á primera vista parece una inconsecuencia, y aún algo peor todavía. ¿No es un acto de hipocresia mantener una revelacion en la cual no se cree y que á tantos abusos se presta? Kant se colocaba en el punto de vista de la realidad; abandonaba el dominio de la filosofia para tomar á los hombres tales como son: necesitan una fe religiosa, es decir, una ley positiva que sirva de enseñanza y de lazo de unidad. Esa ley existe, tiene á su favor una autoridad secular, y no puede esperarse que se establezca otra nueva fundada en nuevos milagros. Hay, pues, que atenerse á la revelacion cristiana ó renunciar á toda religion positiva. Más vale, ciertamente, mantener una ley que, en cierto sentido, es necesaria, y que puede ser útil si se la interpreta por la razon; con que así tendrá el cristianismo verdadero todas las ventajas de la religion natural, y, además, la autoridad que se atribuye á un origen divino. Lo esencial es que no se considere la fe revelada como la esencia de la religion, como condicion de salvacion; y en este punto vuelve la distincion de Kant entre la revelacion y la religion: ésta es el fin, aquélla es el medio (1).

No nos precipitemos á condenar al filósofo alemán; que si mantiene la revelacion, es para trasformarla, identificándola con la idea del deber. ¿Cuál es la esencia de la religion? Los ortodoxos la ponen en ciertos dogmas que consideran como revelados, sin reflexionar que lo que es esencial debe ser universal, y que es imposible que la fe positiva sea una misma para todos los hombres. Hay desde luégo tres ó cuatro revelaciones que se disputan el imperio de las almas; además, la fe revelada difiere segun las diversas concesiones en el seno de cada Iglesia; y, por último, varía hasta en cada secta, segun los tiempos y los lugares. La ortodoxia de hoy no es la de ayer; en el siglo XIX hay que creer en la Inmaculada Concepcion, mientras en el XII rechazaba San Bernardo como una supersticion esta creencia, y cuando era completamente ignorada en los primeros tiempos. Lo propio sucede con la ortodoxia protestante: en vano se agarra á la Biblia como á una áncora inmutable; la interpretacion de la Escritura va siempre

modificándose hasta el punto de que los nuevos ortodoxos habrían sido condenados por los antiguos. Nada hay, pues, más variable ni más incierto que la ortodoxia, lo cual significa que la fe revelada no puede ser la esencia de la religion. Sólo es esencial lo que es necesario para nuestra salvacion, y una vida honesta es lo único que conduce á la beatitud; por consecuencia, la ley moral, la ley del deber, es lo que constituye la religion (1).

Queda por averiguar si esta nocion de la religion puede conciliarse con el cristianismo. Kant dice que la religion de Jesucristo es esencialmente moral, y este es el lazo que liga al filósofo del siglo XVIII con el liberalismo moderno. Oponer á la ortodoxia un testimonio que ningun cristiano puede recusar, el del Cristo. ¿Qué predicaba Jesus en el famoso sermon de la Montaña? La pureza del corazon, una religion enteramente interior, la union del alma con Dios: "Guardaos, decía, de hacer vuestras buenas obras delante de los hombres; que no sepa vuestra mano izquierda lo que hace la derecha. Orad en secreto, y no seais prolijos en vuestras oraciones, porque Dios sabe de qué cosas tenéis necesidad antes que se las pidais. Uníos, pues, de buena voluntad con vuestro Padre, y sed perfectos como él," (2). ¿En qué consiste la perfeccion? Consiste en obrar y no en creer; lo que constituye el mérito de nuestras acciones es el pensamiento, la intencion, y basta que el pensamiento sea impuro para que estemos manchados. "Oisteis que fué dicho á los antiguos: No matarás; y yo os digo: No os enojeis con vuestro hermano. Oisteis que fué dicho: No adulterarás; y yo os digo: Que os manchais con sólo mirar á una mujer con concupiscencia. Habiéis oido que fué dicho: No perjurarás; y yo os digo: No jureis en ninguna manera. Se dijo: Ojo por ojo; y yo os digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen," (3).

Diríase que el Cristo previó los excesos de la ortodoxia: tanto insiste en la caridad, es decir, en la idea del deber. ¿Enseñaba acaso á sus discipulos que serian juzgados por lo que creyesen? "Por sus frutos los conoceréis," decía. ¿Y son creencias ó dogmas esos frutos? "No todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, mas

(1) KANT, *die Religion*, III^{tes} Stück (Werke, t. VI, p. 274, 275).

(2) SAN MATEO, VI, 1 y siguientes.

(3) SAN MATEO, V, 20-48.

(1) KANT, *die Religion*, III^{tes} Stück (Obras, t. VI, p. 308, 309).

el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos,, (1). ¿Cómo puede el hombre hacer la voluntad de Dios? Todo el mundo conoce las dos reglas de perfeccion, como dicen los teólogos, de salvacion, que Jesucristo da á sus discipulos. La primera: "Amar á Dios sobre todas las cosas., ¿Qué significa esto? Dios es lo absoluto, dice Kant, el legislador universal; todos nuestros deberes tienen su principio en él; ¿cómo podemos, pues, amarlo? Cumpliendo nuestros deberes por amor de Dios, es decir, haciendo el bien por ser bien. La segunda: "Amar á nuestro prójimo como á nosotros mismos., Esto implica que no hagamos bien á nuestros semejantes por un motivo egoísta, sino por amarlos. La caridad en su elevada acepcion, el amor desinteresado es, pues, la ley suprema. Hé ahí la santidad cristiana, tal como la entendía Jesús, que es idéntica con la ley moral (2).

El cristianismo ortodoxo no reniega de la moral del Cristo. Pero insiste en el elemento milagroso que llena el Evangelio y que es inseparable de la buena nueva. ¿Qué hacer de los milagros en una concepcion racional del cristianismo? Aquí aparece el lado débil de la doctrina del filósofo alemán. No cree en los milagros, y; sin embargo, no los rechaza abiertamente, ni puede rechazarlos, pues que opina que es necesario mantener la Sagrada Escritura. No le queda que hacer más que una cosa, disminuir su importancia: son un adorno, dice, de la revelacion cristiana, y de buen grado los acepta, ó, por lo ménos, no quiere atacarlos, con tal que no se pretenda que la creencia en cosas incomprensibles constituye la esencia del cristianismo. Pero esto es precisamente lo que hacen los ortodoxos, protestantes y católicos: no hay á sus ojos cristianismo, ni religion siquiera, sin lo sobrenatural. Remitamos á Kant á los partidarios de lo sobrenatural (3). Á pesar de su indulgencia no puede ocultar su desden hacia los milagros: los gobiernos, dice, no permiten ya hacerlos; si viniera Jesucristo á predicar la buena nueva en el siglo XIX, se le prohibiría por el rey operar prodigios. ¿Es que se han hecho acaso inútiles los milagros? Todo lo contrario: bajo el punto de vista ortodoxo precisa decir que serían más necesarios que nunca, pues los ortodoxos se lamentan de que

se va la fe, y la fe para ellos es lo sobrenatural. ¿No sería esta la ocasion de que el buen Dios enviase un profeta, ó hiciera Él mismo milagros á fin de salvar la fe? Si los hizo para establecerla, ¿por qué no los hace para conservarla? (1).

Aún más que los milagros embarazan á nuestro filósofo los sacramentos. Dos hay cuyo germen, por lo ménos, se halla en el Evangelio. Kant trata de racionalizar el bautismo y la eucaristía. ¡Vano empeño! Sacramentos racionales implican una contradiccion, pues que son por su esencia una comunicacion sobrenatural de la gracia de Dios, á lo cual hay que añadir que sin el bautismo nadie puede entrar en el reino de los cielos. Oigamos lo que piensa Kant del efecto milagroso producido por unas cuantas gotas de agua: "Crear que el bautismo puede lavar los pecados es una supersticion peor que el paganismo;,, y más adelante dice que es puro fetichismo (2). Esta severa crítica fué sin duda lo que le atrajo la censura oficial de S. M. prusiana. La historia, ese juez de los reyes y de los filósofos, ha dado la razon á la filosofía; y la censura impuesta á Kant figurará un día al lado de la condenacion de Galileo en el acta de acusacion de la monarquía y de la Iglesia. Si la historia hubiera de vituperar al filósofo, sería por haber guardado excesivas contemplaciones con las preocupaciones cristianas.

Kant obraba así porque sabía cuán tenaces son los errores religiosos, y se consolaba de lo presente representándose lo porvenir de la humanidad. En el siglo XVIII la revelacion estaba todavía á la altura y aún por cima de la religion natural. Kant se pregunta si habrá de ser así siempre; la mera pregunta era una sentencia de reprobacion, pues para los ortodoxos distinguir la religion de la revelacion es una blasfemia. Eso implica, en efecto, que la revelacion no es de la esencia de la religion, que no es más que un medio. Ahora bien, el instrumento se abandona como cosa inútil cuando se ha logrado el fin. Esto quiere decir que llegará un día en que será inútil la revelacion, y ese día la rechazará la humanidad, porque no sería ya más que una traba, en vez de ser un apoyo. Sabemos que para Kant constituye el elemento moral la esencia de la religion; el último límite del progreso debe

(1) SAN MATEO, VII, 16, 21.

(2) KANT, *die Religion*, IVtes Stück (Werke, t. VI, p. 339-341)

(3) KANT, *die Religion*, Ites Stück (Werke, t. VI, p. 250-252).

(1) KANT, *die Religion*, IItes Stück (Werke, t. VI, p. 252 y siguientes).

(2) KANT, *die Religion*, IVtes Stück (Werke, t. VI, p. 372, 386).

ser, pues, el predominio de la moral en todas las relaciones humanas; y es preciso creer que acabará por ser la única soberana, so pena de negar la verdad, lo que equivale á negar á Dios. Si existe la verdad, es indudable que lo porvenir le pertenece (1).

Entra Kant en este punto en las ideas de Lessing. En un opúsculo titulado *¿Qué es la civilizacion?* afirma que todo hombre debe llegar á ser mayor, es decir, á servirse de su propia razon en vez de depender de la razon de otro. En el momento en que Kant escribía, las masas eran todavía menores, pero á lo ménos estaban reconocidos el derecho y el deber de pensar libremente. Este es el punto de partida de una nueva era. El profesor de Königsberg, Alemán y Prusiano, se complace en consignar que el gran Federico, el único, como lo llamaban sus admiradores, dejó á sus súbditos una completa libertad: que cada cual, decía, haga su salvacion á su manera. Este es el principio de la emancipacion religiosa, y el más importante de todos los progresos, porque no hay servidumbre más vergonzosa que la del alma. Sólo al término de esta emancipacion intelectual ejercerá la moral su saludable imperio; que mientras la razon y la conciencia sean esclavas, no puede existir verdadera moralidad (2).

Un medio hay de apresurar el desarrollo intelectual y moral de la humanidad, la educacion. Todos los grandes genios que honran al género humano han insistido en este punto. Kant, como Lessing, Rousseau y Leibnitz, dicen que el único medio de perfeccionar á los hombres es educarlos. Esto parece trivial en fuerza de su verdad, y nadie lo niega. ¿Cómo, pues, se explica que nos veamos obligados en el siglo XIX á repetir lo que decían el siglo XVIII y el siglo XVII? Hay educacion y educacion. La Iglesia hace hoy esfuerzos gigantes para apoderarse de las generaciones nacientes. ¿Lo hace acaso para emanciparlas, para libertarlas de la servidumbre intelectual y moral en que gimen todavía la inmensa mayoría de los hombres? Todo lo contrario; lo hace para perpetuar su esclavitud. Precisa que la educacion se haga, no en interes de la Iglesia, ni de las familias, ni del Estado, sino en interes del mismo que se educa, y este

interes es tambien el de lo porvenir. Enseñad á pensar á los niños, y no los eduqueis en la moralidad como se adiestra un perro. Es necesario que los niños se hagan hombres y no máquinas (1): sólo á esta condicion serán seres morales, es decir, religiosos.

Cuando la moral reine en el mundo, dice Kant, entónces se realizará el reino de los cielos, anunciado por el Cristo (2); y así el último progreso que la humanidad está llamada á realizar será el cumplimiento de una palabra de Jesús. La filosofía se da en este punto la mano con el cristianismo, pero no con el cristianismo tradicional, ni siquiera con el cristianismo primitivo, tal como los reformadores lo entendían, sino con la religion de Jesucristo, es decir, la religion identificada con la moral. La conclusion de Kant es el polo opuesto de la ortodoxia cristiana: ésta hace depender la salvacion de la fe en una revelacion milagrosa; el filósofo enseña que la salvacion consiste en nuestro desarrollo intelectual y moral. ¿Dónde está la verdad? La historia, esa voz de Dios, nos la revela, no por medio de milagros, sino por la conciencia humana. Interrogadla, preguntadle si cree con Kant que la honestidad de la vida es lo que salva, ó si es, por lo contrario, la fe en un Cristo imaginario. La historia deja hablar á los pretendidos órganos de Dios, papas y pastores, y continúa marchando por el camino del perfeccionamiento moral.

En el límite extremo del progreso, dice Kant, no habrá ya revelacion; y este momento avanza á grandes pasos: la fe en lo sobrenatural desaparece. De ahí las lamentaciones de los ortodoxos; católicos y protestantes gimen á porfía porque la religion se pierde. Sí, hay una religion que se va, la de lo pasado, la que sujetaba á los creyentes al yugo de la Iglesia; que ya no quieren esa dominacion los hombres. ¿Quiere esto decir que no tengan ya religion? Kant responde sin vacilar que hay más religion hoy, que el imperio de la Iglesia está quebrantado, que ántes, cuando reinaba sobre las almas (3); somos más religiosos que nuestros antepasados, porque no hay verdadera religion donde no hay moralidad, y no hay moralidad cuando es esclava la conciencia. Los hombres se han hecho más religiosos, porque la religion comienza á

(1) KANT, *über Paedagogik* (Werke, t. X, p. 387, 390, 393).

(2) KANT, *die Religion* (Werke, t. VI, p. 298).

(3) KANT, *die Religion*, IIItes Stück (Werke, t. VII, p. 308).

(1) KANT, *die Religion* (Werke, t. VI, p. 287, 288, 295).

(2) KANT, *Was ist Aufklärung?* (Werke, t. I, p. 111 y siguientes, 118).

identificarse con la moral: expresion profunda que debe tranquilizar á los débiles y alentar á los fuertes en los tristes tiempos en que vivimos. Cuando una religion antigua muere, parece como que la humanidad muere con ella; tan verdad es que la vida es imposible sin la fe; pero la muerte no es más que una apariencia; abre una vida nueva, vida más amplia, más divina que la que acaba de extinguirse. Lo propio sucede con la religion; no está hoy muerta, como no lo estaba cuando el espíritu humano desertó del paganismo: la religion no muere, se transforma. Aunque todavía estamos empujados en el período de disolucion, son los hombres más morales, y, por consiguiente, más religiosos, que lo han sido en lo pasado. Tal es la respuesta que damos, con el filósofo de Königsberg, á las jeremiadas del papado y de la ortodoxia protestante.

§ VI.—El racionalismo.

I.

El racionalismo es una palabra que inspira horror; sería la ruina de toda religion, si hubiéramos de creer á los ortodoxos. ¿Qué es, pues, ese monstruo? El racionalismo es una doctrina enseñada por la razon: ¿será un crimen usar de la razon para descubrir la verdad? Los más ortodoxos entre los ortodoxos no se atreverían á afirmarlo; pretenden únicamente que hay una verdad que está por cima de la razon, verdad que Dios nos ha revelado y que la razon debe aceptar, aunque no la pueda comprender. La razon se subleva contra esta pretension de la fe; de aquí el racionalismo. No es hostil á la religion ni aun al cristianismo; y esto es precisamente lo que le distingue de la filosofía incrédula del siglo XVIII. Pudiera más bien reprocharse á los racionalistas una adhesión demasiado servil á la tradicion cristiana; la aceptan como los ortodoxos, sólo que la racionalizan, racionalizan los dogmas á la manera de Kant, y racionalizan los hechos milagrosos, explicándolos segun las leyes de la naturaleza. Obra imposible, en la que debían fracasar. Mas poco importa. No nos hemos fijado en las inconsecuencias de Semler y de Herder; nos hemos apoyado en los libres pensadores, sin enojarnos demasiado de su prudencia. Harémos lo mismo con los racionalistas; el tiempo se lleva

los descarríos, y ya no tienen más que un interes histórico. Lo que buscamos por el momento son los orígenes del movimiento liberal que adquiere cada día nuevas fuerzas. El racionalismo tiene su misión, y misión gloriosa, en el desarrollo religioso de la humanidad. La razon era en otro tiempo la humilde sierva de la fe; pero hé aquí que la sierva conquista los fueros de soberana, y ya no se postura ante la teología para recibir sus leyes, sino que es ella quien manda y quien reina.

Los mismos racionalistas van á decirnos lo que es el racionalismo. "Consiste en pensar, dice un escritor alemán, que la razon humana debe ser la única fuente y el único juez de toda clase de conocimientos." Hasta aquí no hay dificultad. Los ortodoxos no niegan á la razon el derecho de reinar en las ciencias profanas; se limitan á excluirla de la religion, ó, por lo ménos, no le dejan sino el papel subalterno de auxiliar y de sierva; los racionalistas, por lo contrario, extienden el imperio de la razon hasta sobre las religiones reveladas, y dicho se está que si la razon reina como soberana en el dominio de la religion, no puede haber ya cuestion de revelacion milagrosa, pues que la revelacion no tiene otra causa que la impotencia de la razon. La razon se ha desquitado, proclamando que "las revelaciones no son sobrenaturales sino en apariencia, que en realidad son siempre naturales; que si pueden tener alguna pretension de poseer la verdad, es á condicion de estar limitadas por la razon ó la religion natural," (1). Decir que parece sólo sobrenatural la revelacion es negar su existencia; y esto es lo que hacen los racionalistas decididos, declarando abiertamente que no creen en una revelacion milagrosa, que no admiten más que una religion filosófica ó natural (2). Los racionalistas tienen la pretension de permanecer protestantes; dicen que la verdadera misión del protestantismo es desarrollar el elemento racional de la religion cristiana, y eso es lo que llaman su principio divino. ¿No viene la razon de Dios? ¿No nos ha sido dada para conocer la verdad? Por medio, pues, de la razon ha revelado Dios la verdad á los hombres; y en este sentido, lo que es racional es divino. El cristianismo es, por consecuencia, divi-

(1) HAHN, de *Rationalismi indole* (Leipzig, 1827), en SAINTES, *Histoire critique du rationalisme en Allemagne*, segunda edición, p. 8, nota.

(2) BRETSCHNEIDER, *Systematische Entwicklung*, p. 193;—*Dogmatik*, t. 1, p. 14, 71, 80.

no en cuanto está en armonía con la razon; cuando se le despoja de sus elementos sobrenaturales ó místicos, no se le destruye, sino que, por lo contrario, se vuelve al cristianismo verdadero (1).

Así, nada ya de sobrenatural en el cristianismo, ni en su fundador, ni en su doctrina: Jesucristo no es ya el Verbo de Dios encarnado en el seno de una virgen, es hombre y nada más que hombre; no ha venido á predicar verdades que excedan del alcance de nuestra razon, ni á abrir vías sobrenaturales para hacer nuestra salvacion; su enseñanza es esencialmente moral. ¿A qué, pues, pretendidas verdades que no dicen nada ni á la inteligencia ni al alma? ¿Cómo pudieran ser un medio de perfeccionamiento creencias ó prácticas á las cuales quedan extrañas la conciencia y la razon? Esto implica contradiccion, y es, por tanto, una imposibilidad. Si los racionalistas quitan lo que hay de sobrenatural en el cristianismo, exaltan, en cambio, el elemento humano. Aquí hay otro escollo contra el cual ha fracasado su pretension. Diríase que, para hacerse perdonar sus temeridades, sobrepujan á los ortodoxos cuando se trata de Jesucristo-Hombre y de su doctrina. A creerlos, Jesus es el hombre ideal, perfecto; su moral es la más santa, la más pura que se haya jamás enseñado; su religion es la religion absoluta. Idénticas exageraciones hallaríamos en los protestantes liberales. Los ortodoxos les dicen, y con razon, que si Jesus era tan perfecto, no podía ser un hombre como nosotros; y que si su doctrina es tan perfecta, no es una obra humana. Nada más verdadero; pero nada prueba en favor de lo sobrenatural; lo único que prueba es la inconsecuencia de los racionalistas. ¿Qué importa? Los hombres pasan con sus debilidades; los principios subsisten y acaban por abrirse paso, á semejanza del sol que lucha en la aurora contra las tinieblas de la noche; las tinieblas se disipan y la luz inunda la tierra.

Son curiosas las recriminaciones y las lamentaciones de los ortodoxos. Cuando se les habla de un cristianismo racional, moral, claman como contra el colmo de la abominacion: racionalizar la religion es matarla; identificar el cristianismo con la moral es desnaturalizarlo (2). ¿Cómo prescindir del pecado original y de la Inmaculada Concepcion! ¡Esto

(1) WEGSCHNEIDER, *Institutiones theologiae christianae dogmaticae*, p. VIII.

(2) PUSEY, *das Aufkommen und das Sinken des Rationalismus in Deutschland*, p. 83.

vale más que la santidad del deber! Si el cristianismo no es más que moral, ¿á qué envió Dios á Jesucristo? ¿No bastaban Sócrates y Epicteto? Y ciertamente que, en este orden de ideas, la encarnacion de un Dios á la manera ortodoxa se hace tan inútil como incomprendible. ¿Quiere esto decir que no haya servido de nada la venida del Cristo? Sócrates y Epicteto eran filósofos; su doctrina no traspasaba los límites de la escuela; no habría convertido al mundo su moral. Para que la moral regenerara las almas era necesario que se hiciera una religion. Hé ahí un hecho importantísimo, que recomendamos á la atencion de los libres pensadores que no quieren ya oír hablar de una religion positiva, ni aun del cristianismo de Jesus. Basta, dicen, la moral, sin sospechar que deben esa moral á la religion, y que el cristianismo que rechazan es la religion de la moral. Esa es ciertamente la misión más grande que puede tener un hombre. ¿Es acaso rebajar al Cristo considerarlo como un maestro de moral? ¿Es rebajar el cristianismo identificarlo con la religion natural? (1). Estas acusaciones se vuelven contra los acusadores. ¿Tan poca cosa es la moralidad? En verdad, la ortodoxia ha perdido el buen sentido en fuerza de fe. Añadamos que los celosos discípulos de Jesucristo que reprochan á los racionalistas el alterar el cristianismo no lo comprenden siquiera. ¿Querrán ser más religiosos que su Maestro? ¿Cómo manifestó el Cristo su espíritu religioso? En la Escritura se lee que pasó su vida haciendo el bien. ¿No es ser cristiano hacer el bien como el Cristo? Confunde el oír á los ortodoxos declamar contra el cristianismo moral. ¿Qué es más fácil, pasar la vida haciendo el bien, ó creer, aunque sea un absurdo, una necedad, aunque sea la Inmaculada Concepcion lo que place á la Iglesia proclamar como dogma?

II.

¿Son á lo ménos verdaderos *supernaturalistas* los ortodoxos que de tal modo se apegan á lo sobrenatural? Un escritor francés que no es racionalista dice que el racionalismo echa cada día más raíces en Alemania, y que, aunque bajo formas diversas, se va haciendo el sistema dominante en materia de religion. Saintes llega á decir que el racio-

(1) PUSEY, *das Aufkommen des Rationalismus*, p. 83, 99.